

ALEXANDRA ROMA

Como
ver nevada
al sol

«Éramos notas, Damien, lo éramos... En un mismo pentagrama, buscando encontrarnos en mitad de la melodía». Gabrielle.

Damien sabe que era un barco a la deriva hasta que el rap le acogió entre sus manos.

Damien no tiene idea de cómo afrontar lo que ocurrirá mañana ni dónde se ha escondido su capacidad de componer.

Damien solo necesita una cosa. Que ella vuelva: Gabrielle.

Que sus caminos se cruzaran parecía poco probable, pero sucedió en un autobús que llevaba a la cárcel y con una grulla de papel volando. El universo del Bronx, las pistas de baloncesto y la violencia chocó con el del Upper East Side, la fotografía y una familia que se hacía pedazos. Y llegaron las rimas en un karaoke, un grupo de amigos a los que llamaban juguetes rotos y su refugio en un viejo vagón de tren olvidado. Y ellos dos conociéndose de fuera a dentro y quedándose más allá de los huesos. Puede que allí esté su inspiración. En lo que un día llamaron amor. Tal vez repasar los grandes éxitos de su pasado sea la solución... Aunque eso suponga regresar a su mayor pecado, cuando Damien era Damien y no el famoso Tiger Ocean.

A mis chicas del CAM, Sandra, Sheila, Sara, Raquel, Andrea, Nuri, Virginia y Ruth, y a mi mejor amigo, Alberto, cada vez que levanto la cabeza y os veo en una firma os convertís en un millón de razones por las que seguir soñando.

«No olviden que a pesar de todo lo que les digan, las palabras y las ideas pueden cambiar el mundo (...). Les contaré un secreto: no leemos y escribimos poesía porque es bonita. Leemos y escribimos poesía porque pertenecemos a la raza humana; y la raza humana está llena de pasión. La medicina, el derecho, el comercio, la ingeniería, son carreras nobles y necesarias para dignificar la vida humana. Pero la poesía, la belleza, el romanticismo, el amor son cosas que nos mantienen vivos».

JOHN KEATING, El club de los poetas muertos

PRÓLOGO

Hoy, abril de 2020, NY
3 a. m.

El frío se instaló en mis pulmones durante el invierno del 95 y desde entonces respiro hielo como si todos los días fuesen uno de enero.

Los órganos palpitan debajo de la piel, se retuercen en fuego y luchan por trepar el muro de mi garganta para salir despedidos por la boca. Sé que no debería preocuparme, que hace días que es primavera y dejé atrás el putito inicio de año. El poder de la ola de los recuerdos o el efecto secundario de la mierda esnifada, fumada o vivida es más potente e indestructible. Así lo siento. Con toda su crudeza. No hay más.

La memoria me lanza atrás sin consultar. Es lo que tenemos los supervivientes, distinguimos el miedo y corremos kamikazes al encuentro de unos ojos que nos pueden matar y que, por retorcido que suene, echamos de menos. El riesgo convierte la existencia en un tablero interesante, sufrir las heridas y morder encima para tener control sobre las marcas.

Cicatrices que me llevan a los fantasmas escondidos en una casa del sur del Bronx con unas paredes de papel por las que se colaban los gemidos del hombre del segundo, que engañaba a su mujer con cualquiera que se la pusiese dura, las palizas que le daba a la suya el del tercero, el vien-

to de afiladas cuchillas del invierno y el sonido de los trenes que llegaban con vagones casi vacíos porque esa zona no era segura y tenía más de campo de batalla disfrazado que de barrio de ciudad.

—Concéntrate en respirar. —Escucho la voz de mi padre retomando las funciones de analgésico. Soy testigo de su preocupación al comprobar que el interior del osito con el que dormía de niño está vacío—. Lo ha encontrado. —La fuerza de un rayo le atraviesa el rostro y el peluche marrón destripado acaba rebotando contra la televisión antes de aterrizar en el suelo cuando lo lanza frustrado.

Sé que es una porción de pasado enterrado y que no está sucediendo ahora. Sé que las notas que se desvanecen en los años son irrecuperables y dejan un pentagrama de huella. Sé que ese pequeño asustado con el que comparto cuerpo se me ha metido dentro y no identifica qué le preocupa más. Los sudores. El frío. La sensación de que a ese ritmo de convulsiones va a vomitar las tripas y se quedará hueco como el muñeco. La certeza de conocer la respuesta de su madre al inevitable interrogatorio.

—¿Has apostado el dinero reservado para sus medicinas?

—No. —La observo de nuevo guardar tranquila las llaves en el bolso mientras mueve su melena rubia coqueta. Ningún remordimiento la delata.

—Déjame verlo. —Extiende la mano, imperturbable.

—Son mis cosas.

—Ahora.

—Vete a la mierda. —Gira sobre sus talones y a mí me da una sacudida que provoca que me duelan los músculos, los huesos y el pitido que taladra el cerebro. «Voy a morir», pienso, y podría adornarlo con que lo haré en una casa carcomida por la suciedad, rodeado de restos de pintura desconchada y sin haber hecho nada que retenga mi memoria una vez que pase, pero en realidad lo que hago, hice, aun-

que en este segundo parezca real, es pensar que iba a palmarla virgen.

El brazo de mi padre cruza mi borroso campo de visión febril y pega un fuerte tirón del asa del bolso negro brillante que le cuelga a ella. A mi madre no le da tiempo a oponer resistencia y se lo arrebató sin esfuerzo. Hace un amago de puchero para evitar que lo abra y, cuando se da cuenta de que no surte efecto, pone los ojos en blanco conforme él confirma las sospechas.

—¿Documentación falsa? —Parpadea perplejo.

—Tu culpa. Te has encargado de que no me dejen entrar al bingo con la oficial. —Se encoge de hombros.

—Dime que no te has gastado hasta el último penique, por favor. —Su ira se disuelve en la necesidad de agilidad mental para resolver la situación con urgencia. Se impone un silencio interrumpido por el motor de mi pecho y el castaño de dientes que le acompaña—. ¡Vamos! —grita impaciente, mientras se pasa la mano por el pelo negro rizado que empieza a estar salpicado por las primeras canas.

—¿Qué? ¿Te miento? —Clava sus ojos verdes en los marrones. Lo reta. Mi padre recula.

—¿Al menos has ganado algo?

—La suerte no estaba de mi lado esta noche —zanja. Mi anatomía responde a lo que esconde su afirmación, toso, los ojos comienzan a escocerme y me arde la garganta. Sostiene su mirada cargada de desdén en las lágrimas y pasa de largo. No le gusta la gente débil, menos si esa gente débil soy yo.

—¿Es que acaso no le ves? Está muy enfermo.

—Por Dios, Reed, han sido cien malditos pavos. ¡Cien! Si tuvieras un sueldo decente para mantener a tu familia, no... Si tuvieses un sueldo decente, no pareceríamos ratas recién salidas de una cloaca y todo sería diferente —resuelve. Pasa de largo como si nada y frena al lado de la puerta de su habitación—. Haz que se calle. —Y hasta que no cierra de un portazo tras ella no me doy cuenta de que mi

llanto discreto se ha transformado en un triste lamento repleto de amargura, tragando saliva y creando odio.

Solo soy una aventura fallida. La rebelión que a una blanquita de dieciocho años recién cumplidos le salió mal al fugarse con el negro pandillero de los tatuajes. Pretendía darles en las narices a unos padres autoritarios y asentar su independencia. Se quedó preñada. Muy preñada. Tanto que yo llegué para ensancharle las caderas antes de tiempo y la llené de un resentimiento que la ha atrapado bajo su sombra y que me muestra siempre que tiene oportunidad.

Lloro porque no me quiere. Lloro porque el hielo de dentro no se va a derretir, es frío y quema. Lloro porque quiero follar con alguien antes de convertirme en un iceberg y desaparecer en esa porción de océano a la que no llegan los barcos. Y, a pesar de ser un recuerdo, detengo el tiempo para asegurarme de que no hay restos de lágrimas bajo mis ojos y sigo siendo un adulto que viste una máscara de acero impenetrable. Las yemas de mis dedos se encuentran con la sequedad de mi piel y vuelvo de nuevo años atrás, con mi padre luchando contra el destino, recogándome entre sus brazos y estrechándome para regular mi temperatura corporal con la suya.

—Concéntrate en... —regresa la voz de papá.

—¡No puedo respirar! —chillo. Ella, que decido que se merece más que la llame France que mamá, exige que cierre la boca a través de los endebles muros que parecen contruidos a base de folios pintados con los restos de una familia destruida.

—Concéntrate en el sonido del tren. —Tomo desesperado aire con unas bocanadas que apuñalan mi garganta. Duele demasiado. Pruebo a obedecerle. Escucho el traqueteo de los vagones, el pitido al aproximarse a la parada y los engranajes que hacen que el suelo tiemble—. ¿Dónde te gustaría que te llevase?

—Al infierno. —Levanta una espesa ceja—. Allí hace calor —explico. Sonríe y entonces no lo sé, pero tiene la den-

tadura más blanca con la que me voy a cruzar.

—¿No se te ocurre ningún destino mejor para ir?

—Hawái. —Le sigo la corriente, porque el suburbano se lo traga todo y solo quedan sus ruedas deshaciendo distancia y lo más parecido a calma de las últimas horas.

—Un sitio así sí que se merece que saques dos billetes.

—Solo se puede llegar en avión o barco. —Chasqueo la lengua. Soy un niño que no se da cuenta de que su padre solo intenta distraerle.

—Vaya, suena caro. —Asiento—. Esta noche tendremos que conformarnos con visitarlo con esta. —Golpea la cabeza un par de veces.

—Mañana seguiremos siendo demasiado pobres para ir.

—Pero tendrás tus medicinas —pronuncia muy serio—. Te lo prometo. Solo tienes que aguantar hasta que vuelva de trabajar soñando con la playa Lanikai, el parque estatal de Waimea y Diamond Head. ¿Confías en mí?

Mi padre necesita que le crea. Asiento sin estar seguro de que una fantasía pueda comerse la profunda molestia que retuerce con puño de hierro mi salud. Al menos, allí. Lo observo cargarse la mochila al hombro, me da un beso en la frente para despedirse y sale rumbo a la fábrica en la que trabaja de vigilante para hacer el turno de noche.

El eco de sus pisadas no ha desaparecido cuando Fran- ce comienza a rebuscar en los cajones por si algún pavo solitario ha escapado a sus exámenes rutinarios. El sonido de su ambición me marea. La isla verde esmeralda con arena fina de la que me ha hablado mi padre surge en mi imaginación. Casi puedo rozar el paraíso... Y vuelve la tos. Y mis convulsiones. Y mis pulmones que se quejan. Y todo lo que no sé, como que antes de que acabe esa noche estaré enterrado bajo una manta de nieve con mis medicinas y mi padre amanecerá en un calabozo oscuro y húmedo que precede a unos años entre rejas.

Sacudo la cabeza. Parpadeo hasta que el borrón que me rodea se vuelve nítido. La voz al otro lado del teléfono

me devuelve al presente. La realidad del adulto estrella icónica del rap que ha trabajado en una férrea armadura para que le supongan invencible. Yo.

—¿Estás bien? —«Por tu puta culpa he viajado veinticinco años».

—Siempre.

—¿Has escuchado algo de lo que te he dicho, mamón?

—Nunca.

—Fiel a tus costumbres.

—Resultas un poco cargante.

Spike, mi representante, que se puso Doctor delante para que sonase más *cool*, es un buen tipo. Algo ingenuo, quizás, o menos corrompido que los demás. Sea como sea, me satura a base de no cerrar el pico y la manera en la que habla de mí, con la que me convierte en alguien mejor de lo que podría llegar a ser si desease ser una buena persona.

—Quieren una biografía.

—Pueden tirar de hemeroteca.

—¿No te gustaría que se supiese lo que se esconde tras las exageraciones?

—Espera un segundo... No. Sus mentiras me hacen más interesante.

—Dale una vuelta, ¿vale? Calmaríamos a los productores...

—¿Qué les pica a esos?

—Las letras que les prometiste para el nuevo disco se están retrasando... Mucho.

—Que le den a su impaciencia. Los Hamptons me están ayudando a inspirarme para superar el bloqueo.

—Hablando de eso, ¿en qué punto exactamente te encuentras?

—En el de «te voy a colgar».

—Tú no estás en Long Island, ¿verdad?

—No.

—Y tampoco te vas a pensar lo del libro.

—Me alegra que después de tantos años juntos empieces a conocerme.

—Ti...

—Adiós.

Cumplo mi amenaza. Guardo el móvil en el bolsillo de mi pantalón vaquero y lo dejo con la palabra en la boca. El paquete de tabaco arrugado está al lado, lo saco y me enciendo un cigarro. Absorbo la nicotina y dejo que el humo me abrace cuando lo suelto lento con el mentón levantado y la capucha de la sudadera para ocultarme cayendo hacia atrás. Paso el dedo por las frías rejas metálicas de la puerta de la entrada y la duda de por qué narices he acabado frente a este edificio entre todos los de Nueva York en plena noche me golpea de nuevo.

No estoy acostumbrado a perder el control. No estoy acostumbrado a que mis pies sean volante y acelerador. No estoy...

—Así que eres un cobarde.

No estoy solo.

—No me toques los cojones, Gavin. Ni siquiera tendrías que aparecer por aquí.

—Ventajas de mi situación.

Giro con lentitud y me topo con el negro de metro noventa, pañuelo en la cabeza y camiseta de cualquier equipo de segunda de baloncesto que se hace llamar mi mejor amigo. La luz anaranjada de una farola proyecta un halo a su alrededor por detrás. Y está sonriendo. Y su mirada sigue anhelando cosas. Y tiene toda la pinta de haber venido para joderme un ratito, como si no tuviese nada mejor que hacer.

—¿Cuánto te vas a quedar?

—No planeo que se alargue mucho. Hasta el amanecer suena soportable. —Repasa el aro de su nariz—. Suficiente para convencerte.

—¿De qué?

—¿De qué va a ser? La biografía no autorizada.

—Has escuchado la oferta de Doctor Spike.

—Sí. —Nunca dejará de ser un capullo entremetido. Ni ahora—. Creo que un repaso de la trayectoria de ese culo negro es lo que necesitas para que las letras de las canciones vuelvan.

—Necesito otra cosa —repongo con amargura.

—Hermano, te lo dije mil veces. No puedes tenerlo todo. —Voy a oponerme ante esa afirmación cuando me doy cuenta de que lleva razón. Puedo tenerlo casi todo. Casi.

Apuro el pitillo y lo aplasto contra el asfalto con la suela de mi bota.

—Paso de contarle mis movidas a un escritor que solo busca relanzar su carrera escarbando en las tripas de mis miserias.

—Explícaselas a ella, las de los años en los que ni siquiera os conocíais, los que compartisteis y los que... —Procuro que no se note que me afecta, que no necesito un nombre para saber a quién pertenece un *ella* con ese tono, y trago saliva—. Quitá esa cara de póker. Das pena. —Se aproxima un paso y aprieto los puños—. Solo tienes que dejar fluir tu historia. La real. Da igual que nadie la transcriba o esté aquí para escucharla. Sácala de dentro. Cuéntasela como hizo ella en el hospital. Me dijo que fue liberador.

Le doy la espalda a Gavin. Tengo que pensar. Tengo que pensar en ti y... Cuesta. Regresar a tu lado es un ejercicio complicado. Igual que decidir cómo hacerlo, porque lo único que tengo claro en mitad de la agitación es que, si existe alguien a quien contaría mi historia, eres tú. Solo tú. Entre susurros íntimos o gritos apostando la voz. Y espero que esta confesión no te sorprenda. Nunca has dejado de ser mis primeras veces y, si lo hago, si tengo narices para soltarlo, te demostraré que no miento.

A lo largo de mi vida he repartido secretos, aunque nadie los conoce todos. Es de las pocas cosas que me aterran. Otorgar el poder de que alguien posea las piezas de mi rompecabezas, las junte en una misma figura y me vea.

A mí. Sin ropa, tinta o huesos. Solo un interior al que aceptar o rechazar. Lo que eres. Lo que tienes. Verdad.

¿Y si dejo de gustarte?

No puedo ser transparente y mentirte a la vez. Si desentredo un interrogante, tendré que continuar por los demás. ¿Soy capaz? Podría empezar desvelándote uno de los fáciles. ¿Por qué mi nombre artístico en el rap es Tiger? Los negros me llamaban blanco y los blancos me llamaban negro, así que me puse el del animal cuyo póster coronaba mi habitación.

Hasta nunca, misterio, y, por lo que parece, puedo pegarle la patada a la X de la ecuación sin interferencias en la rotación del universo ni en la opinión que tienes de mí. Nada ha cambiado, pero tal vez... Tal vez si abrimos las compuertas de lo complicado, regresamos a la noche en la que mi padre necesitaba que le creyese, asentí y le vi marcharse a su trabajo... Tal vez si te cuento cómo acabé enterrado en la manta de nieve con mis medicinas y él en el calabozo, lo harías. O no. Se me olvida que conociste mi peor versión. Aquí va cómo llegué.

La noche del uno de enero del 95 rompí mi palabra después de que mi padre se fuese a currar y me dejara en casa enfermo, entré a hurtadillas en su habitación y robé la receta en la que venían escritas las medicinas para aplacar la pulmonía. O puede que fuese un simple constipado. O puede que mi madre no se inmutase, catapultada en la banda sonora de sus ronquidos, y yo haya borrado ese dato, como el de sí, cuando me escapé de madrugada con una idea nublándome el juicio, pasé por el grafiti en honor al crío que murió en un cruce de balas o el del rapero Big Pun, si existían esos murales entonces.

Momentos accesorios condenados a ser olvidados. No como la caricia suave del pasamontaña que me venía enorme o la caída teatral que protagonicé al entrar en la farmacia para forzar que el dependiente saliese de la barrera segura del mostrador a ayudarme. No como la cara que se le

quedó al trabajador al apreciar mi rostro oculto entre las sombras de la tela negra y notar el cañón de la pistola que sostenía contra sus costillas mientras le exigía que me diese lo que el médico había recetado en ese papel y la sanidad me negaba por una cuenta bancaria muerta de hambre.

Él desconocía que el arma era de plástico. Atendió a mi voz infantil, que gritaba un «¡Dámelo rápido o te vuelvo los sesos!» idéntico al que tantas veces había escuchado en las películas. Debí pensar que no era más que un crío trastornado, violento y peligroso al que le acabó entregando una bolsa con el botín.

Nevaba con fuerza cuando salí. Corrí cinco manzanas y, una vez a salvo, me comí las pastillas como gominolas y tragué jarabe a morro con ansiedad. Perdí el sentido y los copos de la tormenta catapultaron mi debilitado cuerpo. La policía me encontró y llamó a Reed. Los hospitales no me acogieron sin Visa.

A la mañana siguiente, la tos siguió persistiendo con más potencia, mi padre asumió la culpa de un robo que no había realizado, el farmacéutico corroboró su versión por la vergüenza de tener que confesar que se había meado encima por un niño con un juguete y, al intentar despedirse con un último abrazo, papá sumó años a su condena por forcejear con la pasma cuando le prohibieron que se acercase a su hijo. A mí. Le acusaron de agresión a la autoridad. Solo yo recuerdo que lo único que pretendía era calmarme.

Me sentí morir y él se dio cuenta, ¿sabes?

Ahí.

En ese puto instante.

Al ser testigo de cómo plegaba sus alas y se montaba en el coche de la sirena activada por mi culpa. Algo se quebró. Me convertí en un ser despreciable. Un pecado. ¿Ves ahora por qué te decía que pensases lo peor de mí, le sumases ideas descabelladas y aun así estarías siendo benevolente con la verdad? ¿Quieres seguir conociendo mi historia? Siempre decías que sí. Lo tomaré como una respues-

ta. Puede que Gavin lleve razón y necesite hacer un repaso después de la locura de esta noche y lo que vendrá mañana. Puede que, si no te imagino a mi lado, no me atreva a hacerlo. Y puede que solo esté añadiendo sufrimiento por no poder contártela a la cara. ¿Quieres una confesión más? Hace tiempo que no me atrevo ni a pensar en lo mucho que te echo de menos; cuando veo una cámara, sufro por las fotos que no nos hicimos y busco grullas de papel volando a mi encuentro, aunque sé que es imposible.

Aunque sé que tú, ángel, me has abandonado y ni siquiera pude decirte adiós. Ojalá hubiese tirado abajo las compuertas de la presa cuando todavía era posible que formásemos un río. Ahora solo me queda hablarte y recordar lo mucho que amabas el agua.

Me gustaría que lloviese.

Me gustaría que tú fueses las gotas.